

SAN JERONIMO

CARTAS ESPIRITUALES

Traducción, prólogo y notas del
P. Germán Prado, benedictino

Serie
Los Santos Padres
N.º 34

APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44
41003 - Sevilla

Depósito Legal: SE-537-1990

I.S.B.N.: 84-7770-171-7

IMPRESO EN ESPAÑA-PRINTE IN SPAIN

Imprime: Gráficas Mirte S.A., Polígono Calonge, calle A, Parcela 10, Nave 7 y 9, 41007 Sevilla

LOS DOCTORES DE LA IGLESIA

1. San Hilario (m. 367).
2. San Atanasio (m. 373).
3. San Efrén (m. 373).
4. San Basilio Magno (m. 379).
5. San Cirilo de Jerusalén (m. 386).
6. San Gregorio Nacianceno (m. 390).
7. San Ambrosio (m. 397).
8. San Juan Crisóstomo (m. 407).
9. San Jerónimo (m. 420).
10. San Agustín (m. 430).
11. San Cirilo de Alejandría (m. 444).
12. San Pedro Crisólogo (m. 450).
13. San León Magno (m. 461).
14. San Gregorio Magno (m. 604).
15. San Isidoro de Sevilla (m. 636).
16. San Beda el Venerable (m. 735).
17. San Juan Damasceno (m. 749).
18. San Pedro Damiano (m. 1702).
19. San Anselmo (m. 1109).
20. San Bernardo (m. 1152).
21. San Antonio de Padua (m. 1231).
22. San Buenaventura (m. 1274).
23. Santo Tomás de Aquino (m. 1274).
24. San Alberto Magno (m. 1280).
25. Santa Catalina de Siena (m. 1380).
26. Santa Teresa de Jesús (m. 1582).
27. San Juan de la Cruz (m. 1591).
28. San Pedro Canisio (m. 1597).
29. San Roberto Belarmino (m. 1621).
30. San Lorenzo de Brindis (m. 1621).
31. San Francisco de Sales (m. 1622).
32. San Alfonso M.^a de Ligorio (m. 1787).

GUION DEL LECTOR

SAN JERÓNIMO, “el doctor Máximo en la exposición de las Sagradas Escrituras”, es una figura gigante, original, un recio tipo de fuertes contrastes, y el mundo sigue beneficiado de sus trabajos y desvelos. Si ese monumento incomparable que se llama la Biblia, si esa Divina Biblioteca de las Sagradas Escrituras por Dios inspiradas se nos conservan en una versión digna, siquiera no perfecta, la versión vulgata ahora oficial en la Iglesia, débese a San Jerónimo y a su trasnochar y sudar en el aprendizaje de idiomas exóticos y difíciles y en edad en que anda menos fresca y flexible la memoria.

SU VIDA.— San Jerónimo nació en un lugar de Dalmacia llamado Estridón, sito cerca de Aquileya, en la frontera de Bosnia con Italia. Eusebio, su padre, adinerado, envióle aún de niño a las mejores escuelas, y cuanto aprovechó el inquieto rapazuelo demuéstrole el caudal de conocimientos y de textos de autores latinos que había atesorado en sus primeros años.

A los quince años, Jerónimo fue a Roma, a fin de cursar estudios juntamente con Bonoso, su amigo inseparable. Poco después le vemos en el valle del Rin, en Tréveris, corte imperial, con el mismo Bonoso. Estuvo también en Aquileya, donde trabó amistad con Rufino, más tarde monje en Jerusalén y al fin Obispo. Pero esa amistad se trocó en ruda antipatía cuando llegó a creerle fervoroso origenista. A los veinte años recibió en Roma el bautismo.

Más tarde se fue al Oriente por Grecia, cuya lengua le era ya familiar, y siguió por el Asia Menor hasta internarse en el desierto de Calcis, al sudeste de Antioquía de Siria, lindando ya con el desierto

de Arabia, con lo que llamaban Barbaria. Allí estuvo, desde 375 hasta 378, entregado a la oración, a la penitencia, al trabajo manual e intelectual, peleando con el demonio y contra la propia carne, mal acostumbrada por una vida mundana.

Allí también empezaron sus luchas con los solitarios — hasta con los clérigos, complicados en cismas y herejías. Salió en unces de su celda y fuese a Constantinopla, donde aprovechó no poco en la escuela de San Gregorio Nacianceno, patriarca de la ciudad.

En 382 vino a Roma, con ocasión de un sínodo, acompañando al Obispo Paulino, quien acababa de ordenarle sacerdote. trabando entonces especial amistad con linajudas familias, lo que atrajo la envidia de muchos celosos del prestigio científico y moral del presbítero advenedizo.

Allí conoció a Paula y a toda su ilustre familia, a Furia, a Fabiola, a Marcela, a Lea, a Leta, a Principio, a Pammaquio y a otros grandes personajes, con los cuales sostendrá desde Belén amigable correspondencia.

Vuelve luego al Oriente, y se establece en Belén, fundando con su patrimonio, mermado por las invasiones, un cenobio de varones no lejos del de vírgenes, establecido a su vez por Paula, la que con su hija Eustoquia y otras doncellas y viudas romanas llevan una vida santa cerca del santo pesebre donde nació Cristo.

Entonces, en 386, después de tres años pasados en Roma y uno en peregrinación por Chipre, Palestina y Egipto, reunidos los materiales para su obra literaria gigantesca, pónese a escribir entre unos cuantos amanuenses, y de su modesto Scriptorium monacal van saliendo aquellas versiones bíblicas, aquellas vidas de santos, aquellas famosas cartas que ahora entre manos tiene el lector.

Los nervios sostienen aquella salud siempre vacilante, y, al fin, aquel varón incomparable, dulce como la miel, recio como el peñasco; aquel carácter de tantos contrastes, de tan relevantes cualidades y de algunos defectos, muere junto al lugar sagrado donde Cristo nació, después de haber defendido mórdicus la perpetua virginidad de su Madre contra Helvidio y Joviniano, año del Señor 420.

LAS CARTAS de San Jerónimo constituyen un monumento singular de la literatura latina. Su autor es el mayor humanista de todos los Padres y uno de los que mejor conocen y manejan las Divinas Escrituras. Es tan ciceroniano y virgiliano como cristiano. No le dio tanto

por la especulación filosófica como por la literatura, y en el bien decir no tiene rival.

"Juvenal y Tácito presentan la lengua latina, escribe E. Hello ¹. En cuanto a San Jerónimo, el magnífico lenguaje que hablaba fue creación propia. Tácito y Juvenal son los balbuceos humanos de la lengua que San Jerónimo habló divinamente" ².

Pero si en todos sus escritos Jerónimo es modelo de escritores, mucho más en sus cartas, en ese magnífico epistolario que retrata su alma, con sus cualidades y defectos. El estilo es el hombre, pero más en las cartas, cuando el hombre es uno, es franco. En esas cartas se describe también la vida de su época y sirven de guía en las ascensiones de la cristia-perfección.

Las cartas de San Jerónimo no son cartas frías, académicas; salen del horno de su fogoso corazón. Sabe ser elegante, el par que sencillo hasta la familiaridad, como en algún detalle de la carta a Furia; sabe hacer periodos a lo Cicerón y frases sin desdeñarse tampoco de algún giro vulgar, como cuando se queja a un amigo que no le contesta ni mus nec mu.

NUESTRA VERSIÓN.— La elección se imponía, ocupando el epistolario jeronimiano nada menos que un volumen de la Patrología latina, y pudiendo llenar un volumen como éste solas dos de esas cartas completas, como las de Eustoquia y la de Heliodoro o Nepociano.

Los distintos editores han escogido ya unas, ya otras, algunas de ellas todos; quienes las han dado por entero, quienes a trozos. Y esto último es lo que nosotros hemos preferido, libando, cual abejas, al néctar de las flores más frescas y perennes, dejando al autor cuando se lanza a largas excursiones por el dilatado campo bíblico o clasicista. También en los bosques se abren calles, talando para hacerlos penetrables y sacar de ellos mayor utilidad.

El orden tiene también importancia en una colección. algunos eligen el orden de tiempo, poniendo primero las escritas en Calcis, luego las escritas en Roma, finalmente las compuestas en Belén, que constituyen la mayoría de todo el epistolario.

Aquí preferimos ordenar las cartas por materias, a fin de dar al libro un valor más formativo.

La traducción procura ajustarse al original lo más fielmente posible, al revés de lo que otros han practicado, y entre ellos el P. López

de Cuesta, antiguo monje jerónimo, en la versión castellana, cuyas reiteradas ediciones todavía andan por las bibliotecas.

Si semejante criterio es siempre peligroso e irrespetuoso, lo es más cuando se trata de los textos sagrados y aún de las cartas de este incomparable Doctor, las que, en general, no han menester mucha glosa para captar su refinado sentido y calcar con la palabra castellana su correspondiente latina, siendo esto posible más que con ninguna otra lengua romance. Por tal procedimiento la frase guarda aún su propio ritmo original y su delicioso perfume.

Cuando saltamos de aquí allá, en afán de abreviar, lo indicamos con tres... suspensivos, y cuando por propia cuenta insertamos alguna breve aclaración entre el texto, por evitar la complicación de las notas, la incluimos entre paréntesis, dejando con ello bien limpia, deslindada la frase jeronimiana.

De ese modo, en un exiguo tomo, tienes, caro lector, todo el meollo de las cartas de Máximo Doctor. Si alguna se ha omitido por premura de espacio, está bien seguro de que poco o nada pierdes, pues muchas ideas y hasta frases de esas tan gráficas y sentenciosas que el santo tiene véanse repetidas en otras semejantes escritas a distintas personas. Y así lo que sobre la virginidad dice a Demetríades, está todo o casi todo en la más completa a Eustoquia, e igualmente lo dicho a Pammaquio, el consolarle por la muerte de su mujer, dícelo, y mejor si cabe, a Paulino, cuando le consuela por haber perdido en pocos días la esposa y sus dos hijos.

CARTAS ESPIRITUALES

A San Dámaso, papa

Primera carta escrita al Papa, Al no recibir respuesta, insiste en la siguiente

Desierto de Calcis (Siria), año 379.

La importuna mujer del Evangelio mereció, al fin, se oída... Dios mismo, que no puede ser superado por ningunas fuerzas contra Sí, es vencido por los ruegos del publicano... Más, ¿para qué tomar las cosas desde tan lejano principio?; para que, siendo tú rico Pastor, no desprecias a la oveja enferma.

Yo, pues, como ya os escribí, habiendo recibido la librea de Cristo en la ciudad de Roma³, hállome ahora detenido en el bárbaro límite de Siria (en el desierto de Calcis)... Pero el enemigo me ha seguido incesante las espaldas, de manera que ahora en la soledad padezco mayor lucha. Por una parte, ruge la rabia arriana, apoyada por las potencias mundanas; por otra, la Iglesia antioquena, escindida en tres partidos, se afana por atraerme a mí. Surge la antigua autoridad de los monjes de los contornos. Yo, mientras tanto, voceo: EL QUE ESTA UNIDO A LA CATEDRA DE PEDRO, ESE ES MIO. Melecio, Vital y Paulino dicen estar unidos entre sí; pudiera creerlo si lo aseverase uno. Mas ahora, o mienten dos, o todos⁴.

Por eso, conjuro a tu Beatitud, por la Cruz del Señor, por el necesario decoro de nuestra fe, por la Pasión de Cristo, que como SIGUES A LOS APÓSTOLES EN EL HONOR, les sigas también en el mérito; y de tal manera te asientes en el trono con los Doce... que con tus letras me signifiquen con quién haya de comunicarme en Siria. No desprecies a un alma por la que Cristo murió.

A San Dámaso, papa

Consúltale sobre un punto dogmático y otro disciplinar, mostrándose modelo de católicos devotos y sumisos a la voz del Pontífice romano, Vicario de Cristo

Desierto de Calcis (Siria), año 379.

Estando el Oriente estrellado entre sí por el furor ya antiguo de los pueblos y hecha trizas la túnica inconsútil, pensé yo que debía consultar a la Cátedra de Pedro y a la fe alabada por labios apostólicos, pidiendo alimento para mi alma allí donde antaño recibí la librea de Cristo (la túnica bautismal). Y ni la inmensa verdad del líquido elemento ni las largas tierras intermedias fueron para estorbar la búsqueda de la preciosa perla. Pues aunque me aterre tu grandeza, me invita tu humanidad. Como oveja, pido del Sacerdote la víctima de salud, del Pastor el ayuda. Afuera la envidia; retroceda el fausto de la cumbre romana; hablo con el sucesor del Pescador, con el discípulo de la Cruz.

Como yo no sigo a nadie primero que a Cristo, asóciome en comunión a vuestra Beatitud, o sea a la Cátedra de Pedro. Sé que sobre esa piedra está edificada la Iglesia. Todo el que fuera de esa casa comiere el Cordero, profano es. QUIEN EN EL ARCA DE NOÉ NO ESTUVIERE, EN LA INVASIÓN DEL DILUVIO PERECERÁ. Y habiendo por mis pecados emigrado a esta soledad que determina los límites de Siria y de Barbaria, no puedo acudir siempre a vuestra Santidad para pedir el santo del Señor, habiendo tanto espacio de por medio. Por eso sigo aquí a tus colegas los santos confesores egipcios, y junto a las naves de cargamento ocúltome yo, pequeña navecilla. No conozco a Vital, rechazo a Melecio, ignoro a Paulino. Todo el que contigo no recoge, desparrama, o sea, quien de Cristo no es, del Anticristo es.

Más ahora, ¡qué tristeza! Después de la fe nicena, después del decreto alejandrino, al que se unió también el Occidente, he ahí unos campenses de la pandilla de los arrianos que exige de mí, hombre romano, un nuevo nombre de *tres hipóstasis*. Yo pregunto, ¿qué apóstoles dijeron esto? ¿Qué nuevo Pablo, maestro de Gentes, lo enseñó? Preguntamos qué creen entender con eso de *tres hipóstasis*, y dicen que tres Personas subsistentes. Respondemos que nosotros así lo creemos. Mas no basta el sentido; piden el nombre mismo, porque yo no sé qué veneno se oculta en las sílabas. Y porque no aprendemos de memoria los vocablos, somos juzgados herejes...

Toda la escuela literaria desde siglos no enseña otra cosa sino que *hipóstasis* equivale a *usía* (esencia). Y yo pregunto: ¿Quién con labio sacrílego pregonará tres Substancias (en la Trinidad)? Una, y una sola es la naturaleza de Dios, que verdaderamente es. Pues lo que subsiste no lo tiene en otra parte, sino que suyo es... Sólo Dios, que es eterno, que no tiene comienzo, tiene verdaderamente el nombre esencia... Y como sola aquella su naturaleza es perfecta y la deidad no subsiste en tres Personas..., todo el que dice, so capa de piedad, que es tres, o sea que es tres *hipóstasis* o *usías*, so capa de piedad empuñase en afirmar que son tres naturalezas.

Y si así es, ¿por qué nos separamos de Arrio por paredes, unidos en la perfidia? Júntese con Vuestra Beatitud Ursino (cismático en Roma); asóciese con Ambrosio Auxencio (hereje y cismático en Milán). ¡Lejos esto de la fe romana! No brote tamaño sacrilegio de los religiosos corazones de los pueblos. Bástenos decir *una substancia*, *tres PERSONAS subsistentes* perfectas, iguales, coeternas. Silénciese lo de *tres hipóstasis*, si place y manténgase una sola... Y si juzgáis recto que debemos decir tres hipóstasis con sus interpretaciones, no lo negamos. Pero creedme: se oculta el veneno en la miel; se ha transfigurado el ángel de Satanás en ángel de luz...

¿Por qué mantienen una palabra con tal ahínco? ¿Qué es lo que ocultan bajo un hablar ambiguo?...

Por tanto, ruego a Vuestra Beatitud por la Salud del mundo crucificada (Cristo), por la *homousia*⁵ Trinidad me escribáis diciendo si me autorizáis a pronunciar o a callar lo de las *hipóstasis*. Y no sea que lo desconocido del paraje donde vivo equivoque a los portadores de las cartas, dignate transmitir los escritos a Evagrio, presbítero, que te es bien conocido. Que me signifique también con quién haya de comunicar en Antioquía, porque los Campenses, unidos a los Tarsenses, nada ambicionan tanto como el poder apoyarse en la autoridad de vuestra comunión para poder predicar en el viejo sentido las tres *hipóstasis*.

A San Agustín, obispo de Hipona

Felicitando al santo obispo y doctor

Belén, año 419.

En todo tiempo he venerado a vuestra Beatitud con el honor que os es debido y he amado al Salvador que en ti habita. Mas ahora, si posible fuere, añado algo al montón, llenándolo cumplidamente, porque no sufro pase ni una hora sin mencionar tu nombre, pues con el ardor de la fe has hecho frente a los vientos que soplaban. Preferiste, en cuanto a ti dependía, ser liberado solo de Sodoma que permanecer con los que en ella perecían.

Sabe tu prudencia a qué me refiero. ¡Tened valor! En todo el orbe sois celebrado, los católicos os veneran de nuevo como a fundador de la antigua fe, y lo que es todavía timbre de mayor gloria, todos los herejes te detestan y a mí me persiguen con un odio parejo, queriéndonos matar con su deseo, ya que no pueden hacerlo con sus espadas.

Guardéos incólume la clemencia de Cristo nuestro Señor y acordaos de mí, señor venerando y beatísimo papa ⁶.

A Alipio y a San Agustín

Finos cumplidos con los dos amigos africanos, a los que nunca conoció de vista

Belén, año 419.

El santo presbítero Inocencio, que es portador de estas letras, no llevó el año pasado ningún escrito mío para vuestra dignación pensando no había de volver al África. Mas doy gracias a Dios por haberse terciado las cosas de tal manera que con vuestras cartas vencisteis nuestro silencio. En cuanto a mí, toda ocasión de escribir a vuestra Reverencia me es gratísima, invocando por testigo a Dios, de que, si posible fuese, tomando alas de paloma, iría a estrecharos con apretados abrazos. Y esto siempre por el mérito de vuestras virtudes, pero más ahora, cuando por vuestra mutua labor y autoridad ha sido estran-

gulada la herejía celestiana ⁷, que de tal modo infectó los corazones de muchos que, aún sintiéndose vencidos y condenados, todavía no vomitan el veneno de sus espíritus, y nos odian, ya que esto sólo pueden, creyendo haber por vosotros perdido la libertad de propagar la herejía.

En cuanto a lo que preguntáis si volví a escribir contra los libros de Aniano, pseudodiácono de Celedes, el cual se regaló opíparamente suministrando frívolas ocurrencias a la blasfemia ajena, sabed que recibí esos libros en cedulillas, enviados por nuestro santo hermano Eusebio, presbítero, no ha mucho tiempo, y desde entonces, ya por los achaques que me aquejan ya por la dormición (muerte) de vuestra santa y venerable hija Eustoquia, quedé tan dolorido que los dejé casi olvidados.

Más, si el Señor me da vida, y tengo abundancia de escribientes, responderé con algunas pequeñas lucubraciones, no para convencer a la herejía muerta, sino para confutar, a mi modo, su impericia y su blasfemia. Mejor lo haría esto vuestra Santidad, a fin de no verme obligado, al refutar a un hereje, a loar mis propios escritos.

Nuestros santos hijos comunes Albino, Apiniano y Melanio os saludan con afecto. Di estas letras en Belén para que las llevase al santo presbítero Inocencio. Vuestra nieta Paula ⁸ os pide, dolorida, que os acordéis de ella, y efusivamente os saluda. La clemencia de nuestro Señor Jesucristo os conserve sanos, y acordaos de mí, Señores verdaderamente santos y venerables padres, dignos del afecto de todos.

A Nepociano, presbítero

Normas para un joven sacerdote, cual era Nepociano, sobrino de Heliodoro

Belén, año del Señor 394.

Pídesme, carísimo Nepociano, con tus cartas transmarinas y me instas a que en un breve volumen te exponga normas de vida y en qué forma el que, dejando la milicia secular, empezó a ser monje o clérigo ha de seguir el recto sendero de Cristo para no ser arrebatado hacia diversos extravíos de los vicios.

Siendo yo joven, y aun casi un muchacho, y habiendo de refrenar

los ímpetus primerizos de la edad lasciviente con la dureza del yermo, escribí a tu tío el santo Heliodoro una carta exhortatoria⁹, llena de lágrimas y de quejas, mostrándole afecto de antiguo compañero abandonado. Pero en aquella obra trabajé conforme a mi edad, y calientes todavía los estudios y doctrinas de los retóricos pinté algunas cosas con las flores de la escuela. Mas ahora, cana la cabeza y arada de arrugas la frente, la sangre detiénese fría junto al corazón.

Oye, pues..., no discursos elocuentes, sino fuertes; oye a un hermano en el sacerdocio y padre en la edad que te dirija desde la cuna hasta la edad perfecta, estableciendo los distintos grados de preceptos de vida, que en ti enseñe a los demás.

Yo bien sé por tu tío, el bienaventurado Heliodoro, que ahora es pontífice de Cristo, Obispo de que aprendiste lo que es santo, y que a diario lo sigues aprendiendo, teniendo como ejemplar de virtudes la norma de su vida. Mas recibe también lo nuestro, sea lo que sea, y junta este librito con el librito de él, para que habiéndote aquél instruido como a monje éste te enseñe a ser clérigo perfecto.

Por tanto; el clérigo que sirve a la Iglesia de Cristo, interprete primero su vocablo, y dada la definición de nombre, ESFUÉRCESE EN SER LO QUE SE LLAMA. Porque si *cleros* en griego dicese en latín *suerte*, por eso se llaman clérigos, ya por ser la suerte del Señor, ya porque el Señor mismo es la suerte, o sea la parte de los clérigos. Pues el que es parte del Señor, o tiene por parte al Señor, debe mostrarse tal que él posea al Señor y sea poseído del Señor. Pues si soy parte del Señor... y no recibo participación como las demás tribus, sino que, como levita y sacerdote, vivo de los diezmos, y sirviendo al altar me sustento de la oblación del altar, en teniendo que comer y que vestir, con eso viviré contento, y DESNUDO SEGUIRÉ LA CRUZ DESNUDA.

Ruégote, pues, y una y más veces te exhorto, no pienses que el oficio del clericaliato es una especie de antigua milicia, esto es, no busques en la milicia de Cristo los lucros del siglo, ni tengas más de lo que tenías cuando empezaste a ser clérigo, y se te diga: "Sus heredades no le aprovecharon".

Tu mesita conozca a los pobres y peregrinos, y con ellos Cristo convidado. Huye como de una peste del clérigo negociante, hecho rico de pobre, y de hombre bajo convertido en noble... ¿Desprecias tú el oro? El otro lo ama. Tú pisoteas las riquezas, él las codicia; tú amas el silencio, la mansedumbre, el secreto; él la charlatanería, la desver-

güenza, gústanle el foro y las plazas y las tiendas de los médicos. En tanta discordia de costumbres, ¿qué concordia cabe?

En tu aposentillo, o rara vez o nunca lo pise pies de mujer. IGNORA POR IGUAL O AMA POR IGUAL A LAS DONCELLAS Y VÍRGENES DE CRISTO. No more bajo el mismo techo ni te fíes de la castidad pasada. No puede ser más santo que David, ni más sabio que Salomón. Acuérdate siempre que la mujer arrojó a su colono del Paraíso de su posesión.

Cuando estés enfermo, asístate cualquier santo hermano, o la hermana, o la madre, o una mujer de virtud de todos probada. Que si no hubiere personas de esta clase consanguíneas y castas, muchas ancianas sostienen la iglesia, que presten servicios, y reciban recompensa por servir, para que tu enfermedad tenga también por fruto la limosna. Sé que algunos convalecieron de cuerpo, y de alma empezaron a enfermar. Con peligro te sirve aquella cuyo rostro has de mirar con frecuencia. Si por razón del ministerio clerical visitas a la una viuda o virgen, nunca entres solo en su casa. Ten tales acompañantes, que no sea infamado por su contubernio. Si te sigue un lector o un acólito o un salmista, no adorne sus vestidos, sino sus costumbres...; ni se ricen el pelo con la tenacilla, sino que ostenten la honestidad en el porte.

No te asientes solo con sola en secreto y sin árbitro o testigo. Si ha de hablar algo más familiarmente, tiene la nodriza mayor de la casa, virgen, viuda o casada; no es tan recelosa que a nadie tenga sino a ti a quien se atreva a franquearse.

Evita toda sospecha, y cuanto con probabilidad pudiera sospecharse evítalo para que no sospeche. El amor santo no estila frecuentes regalitos y pañuelos y cintas, y prendas aplicadas a la boca, o comidas de antemano probadas y las dulces y blandas cartitas: “¡Miel mía, luz mía, anhelo mío, todas mis delicias y gentilezas!” Con otras finezas risibles y demás ineptias de amantes que nos ruborizan en las comedias, las detestamos en los hombre mundanos; pues, ¿cuánto más en los clérigos y en los monjes, cuyo sacerdocio se adorna con la profesión monástica y la profesión con el sacerdocio?

Y esto no lo digo porque tema tales cosas en ti o en los santos varones, sino porque en toda profesión y en todo grado y sexo se encuentran buenos y malos. Y la condenación de los malos sea alabanza de los buenos.

Avergüenza decir que a los sacerdotes de los ídolos, a los cómicos y cocheros, a las meretrices se les permita recibir herencias, y que sea

ello prohibido sólo a los clérigos y monjes, y lo prohíben no ya los perseguidores, sino los príncipes cristianos¹⁰. Y no me quejo de la ley, antes bien, me duelo de que hayamos merecido esa ley. Bueno es el cauterio; más ¿para qué quiero la llaga necesitada de cauterio?

Tenga (el clérigo) heredera, pero séalo la madre de los hijos, la Iglesia de su grey, que los engendró, nutrió y alimentó...

Gloria del obispo es proveer a la indigencia de los pobres. Ignominia de todos los sacerdotes es procurar su propio enriquecimiento. ¡Al nacido en pobre casa y en rústico tugurio, que apenas podía hartar el vientre rugiente con pan de mijo y ordinario, ahora me repugna la flor de harina y la miel...!

Lee más a menudo las divinas Escrituras, y aun nunca dejes de tus manos la lección sagrada. Aprende lo que has de enseñar... No confundas tus obras a tu palabra, no sea que, hablando tú en la Iglesia, responda alguno en sus adentros: "¿Por qué dices esto y no lo haces?" Delicado maestro es quien, lleno el estómago, perora el ayuno. Censurar la avaricia el mismo ladrón puede hacerlo. CONCUERDEN LA BOCA Y LAS MANOS DEL SACERDOTE DE CRISTO.

Vive sumiso a tu obispo y acógele como a padre de tu alma. AMAR ES DE HIJOS, TEMER ES DE SIERVOS... Más también digo que los obispos han de recordar que son sacerdotes, no señores; honren a los clérigos como clérigos, para que también a ellos los clérigos le tributen honores de obispos. Sabido es aquello del orador Domicio: "¿Por qué te he de tener yo por príncipe, cuanto tú no me tienes por senador?"

Al predicar tú en la iglesia, no provoques la aclamación popular, sino sus gemidos. SEAN TUS ALABANZAS LAS LÁGRIMAS DE LOS OYENTES. La palabra del presbítero esté embebida de la lección de las Escrituras. No quiero seas declamador ni charlatán sin juicio, sino perito en los misterios y eruditísimo en los sacramentos de Dios... Nada más fácil que engañar al vil populacho con la volubilidad de lengua y la indocta predicación, pues cuando menos entiende, más admira...

Evita los vestidos oscuros tanto como los claros. Han de evitarse igualmente el ornato y la suciedad; porque lo uno huele a delicias, lo otro a vanidad... Hay quienes dan algo a los pobres a fin de percibir ellos más, buscando riquezas so pretexto de limosna; así se cazan también las bestias y las aves, así se pescan los peces, poniendo en el anzuelo un poco de cebo...

Y hay otro género de arrogancia: querer aparentar más bondadoso de lo que es el Pontífice de Cristo. NO TODO LO PODEMOS TODOS. EN LA IGLESIA, UNO ES OJO, OTRO LENGUA, OTRO MANO, OTRO PIE, OÍDO, VIENTRE Y...

Has de evitar los banquetes de los seglares, y máxime los de aquellos que están hinchados con los honores. Feo es que los lictores de los cónsules y los soldados y el juez de la provincia coman mejor en tu casa que en un palacio...

Nunca huelas a vino, no sea que oigas aquello del filósofo: "Eso no es besar, sino propinar vino." A los sacerdotes vinolentos el Apóstol los condena y la ley antigua lo prohíbe... Pulcramente dicen los griegos y no sé si entre nosotros suena igualmente bien: "El grueso vientre no engendra mente delgada."

Imponte sólo aquellos ayunos que puedas sobrellevar. Sean tus ayunos puros, simples, moderados, y no supersticiosos...

Cuida de no andar a caza del aura popular, y cambies la alabanza del vulgo en ofensa de Dios...

Propio de tu oficio es visitar enfermos, conocer las casas de las matronas y guardar los secretos de los nobles varones. Sea de tu oficio no sólo guardar castos los ojos, sino también la lengua. Nunca hables de la hermosura femenina, y no se sepa por ti en una casa lo que en otra pasa... Fácilmente es menospreciado el clérigo que, invitado a menudo a comer, no lo rehúsa...

El predicador de la continencia no se entrometa a casamentero... ¿por qué ha de invitar a la virgen a que se case? El que es sacerdote de monogamia, ¿por qué ha de exhortar a la viuda a ser bígama? ¹¹ ¿Cómo pueden ser procurador y dispenseros de casas ajenas y de haciendas los clérigos, a quienes se manda despreciar los propios bienes? Quitar algo al amigo hurto es; defraudar a la Iglesia sacrilegio es...

Obligásteme, carísimo Nepociano, después de apedreado el opúsculo de la virginidad que en Roma escribí a la Santa Eustoquia, a abrir de nuevo la boca en Belén después de diez años y a entregarme para ser acribillado por las lenguas de todos... Pero les ruego que descansen y dejan de maldecir, porque no les he escrito como a enemigos, sino como a amigos; ni he atacado a los que pecan, sino que les he amonestado para que no pequen.

A nadie he ofendido, ningún nombre he mentado. Para nadie en

especial ha ido mi escrito. El discurso acerca de los vicios ha sido general. El que se quisiese enfadar conmigo, él mismo confesará de sí ser tal.

A Paulino de Nola, presbítero

*Viéndole con tantas prendas, ladéale al estudio de las
Sagradas Escrituras de un modo insinuante.*

Belén, año del Señor 394.

El hombre bueno saca de su buen tesoro cosas buenas... Me mides por tus virtudes, y ensalzas tú, grande, a los pequeños, ocupando el puesto último del convite... No me juzgues, pues, hermano carísimo, por el número de mis años, ni reputes sabiduría las canas... ni me estimes mejor porque empecé antes a militar en el ejército de Cristo... ¡Cuántos hoy, en su largo vivir, arrastran su mortaja y, cual sepulcros blanqueados, están llenos de huesos de muertos!

Y tú, oída la sentencia del Salvador: "Si quieres ser perfecto, vete y vende todo cuanto tienes, y dalo a los pobres, y sígueme" (Mat., 19), has trocado las palabras en obras, y SIGUIENDO DESNUDO A LA DESNUDA CRUZ, suelto y ligero, subes la escala de Jacob... Nosotros, cargados de oro, seguimos a Cristo pobre... Vientre lleno fácilmente perora sobre ayunos.

No merece alabanza el haber estado en Jesusalén, sino el haber vivido bien en Jerusalén... Y los lugares de la Cruz y de la Resurrección aprovechan a aquellos que llevan su cruz, y con Cristo resucitan cada día... Igualmente abierta está la celestial mansión desde Jerusalén que desde Betana. "El reino de Dios, dentro de vosotros está." Antonio y todos los enjambres de monjes de Egipto y Mesopotamia, Ponto, Capadocia y Armenia nunca jamás vieron Jerusalén... ¿Por qué, dirás, tomas las cosas de tan lejano principio? Pues ahora que no creas falta algo a tu fe por no haber visto Jerusalén, ni nos juzgues mejores a nosotros porque gozamos de morar en este país...; para que busques a Cristo en la soledad y ores solo en el monte con Jesús...; para que no vivas en la ciudad y no dejes el propósito de monje... Y

ya que fraternalmente preguntas por qué camino has de andar, claramente te lo diré. Si quieres ejercer las funciones de presbítero, si te deleita la labor o bien el honor episcopal, vive en ciudades o en villas; y haz loco de tu alma la salvación de otros. Pero si llamas MONJE, esto es, SOLO, ¿qué haces en las ciudades, que no son vivienda de solos sino de muchos?...

Ruégote, pues, ligado como estás con vínculo con tu santa hermana (esposa Tarasia de Barcelona), y no del todo libre para andar, que huyas de la concurrencia de hombres, de sus ocupaciones, visitas y convites como de otras tantas cadenas de placeres. Sea tu ordinario y vespertino yantar verduras y legumbres, y de vez en cuando pececillos, teniendo esto por mucho regalo... Siempre esté en tu mano la sagrada lección. Ora con frecuencia y levanta la mente al Señor, inclinando el cuerpo...

Ten simplicidad de paloma, para no maquinar dolo contra otro; y astucia de serpiente, para evitar las zancadillas de otros...

EL VERDADERO TEMPLO DE CRISTO ES EL ALMA DEL JUSTO; adórnala, vístela, ofrécele dones, recibe en ella a Cristo... COSA GRANDE ES EL SER CRISTIANO, NO PARECERLO; y no sé cómo placen más al mundo los que a Cristo desplacen. Al aconsejarte así, no olvido el antiguo proverbio: Sus Minervam, el perco de Minerca; pero prevengo como amigo a un amigo...; queriendo que, si yo he caído, tú camines a paso firme.

—He disfrutado leyendo tu libro, el que me enviaste y escribiste con tino y pulcritud acerca del príncipe Teodosio; y lo que más me agradó fue su contextura; que si en los comienzos superas a otros, en el final te excedes a ti mismo. El mismo estilo de hablar es conciso y nítido, y si reluce por su pureza tuliana es denso en pensamiento. Existe un pobre hablar en que sólo se alaban las palabras, como alguien dice (Quintiliano). Hay además gran trabazón en el argumento, y una cosa depende de otra... Feliz Teodosio, que es defendido por tal orador de Cristo...

¡Animo! Teniendo tales comienzos, ¿qué soldado tan diestro no saldrás? ¡Oh si se me diera guiar a este ingenio no ya por los montes Aonios ni por las cinas del Helicón, como cantan los poetas, sino por las alturas de Sión, y del Itabar (Tabor), y del Sinái! ¡Si llegase a enseñar lo que yo aprendí, y como por las manos, entregar los misterios de los profetas... nos naciera entonces algo que la docta Grecia no tuvo!

Oye, pues, consiervo mío, amigo hermano; escucha un poquito por qué camino has de andar en las Sagradas Escrituras. Todo cuanto en los divinos libros leemos reluce ya en la corteza, pero es más dulce en el meollo. Pues el que quiere comer el núcleo casque la nuez... Si tuvieses ese fundamento, o mejor, si a tu obra se diese esa última mano, nada tendríamos más docto, nada más dulce y nada más latino que tus libros.

Tertuliano es rico en pensamiento, pero de difícil expresión. El bienaventurado Cipriano, a modo de purísima fuente, fluye dulce y placido... Victorino, coronado con el martirio, no acierta a decir lo que entiende. Lactancio, cual río de elocuencia tuliana, ojalá hubiera acertado tan bien a afirmar lo nuestro como fácilmente destruyó lo ajeno (al describir la muerte de los perseguidores de la Iglesia). Arnobio es desigual y difuso, y confuso por no dividir bien su tratado. San Hilario calza el coturno galo, y adornado con flores de Grecia, envuélvese a las veces en largos periodos, no siendo para leído por los hermanos menos instruidos.

Vuelvo a ti *simmista*¹² compañero, amigo, amigo diré, mío antes de ser conocido, rogándote no sospeches que mezclo a la amistad de lisonja... Grande ingenio, tienes, e infinito repuesto de cosas que decir; hablas con facilidad y casticismo; y esa misma facilidad y pureza está sazónada de prudencia. Con cabeza sana todos los sentidos tienen vigor. Si a esa prudencia y elocuencia se agregase el estudio y la inteligencia de las Escrituras, veríate a breve ocupar el pináculo de todos los nuestros... "Cíñete, te ruego, cíñete" (Horatio, I, I, sat. 9). Téngate la Iglesia entre su nobleza como antes te tuvo el Senado. Prepárate riquezas, que diariamente repartas, y nunca se agoten mientras estás en el vigor de la edad y no salpican las canas tu cabeza... No me contento en ti con nada mediocre; lo deseo todo sumo, todo perfecto... Quiero saludes por ti a tu santa consierva (esposa Torasia) y contigo militante en el Señor.

A Heliodoro, monje y después obispo ¹³

Habiendo estado en Calcis con San Jerónimo, le dejó, y ahora instale a volver al desierto. Es una de las cartas más admiradas y admirables del santo asceta.

Calcis (Siria), año 374.

El pecho consciente de nuestra mutua caridad conoce con cuánto amor y afán me empeñé en que morásemos juntos con el yermo. Y estas letras son también testigo de los lamentos, del dolor, del gemido con que, al marcharte, te seguí, pues las ves semiborradas por las lágrimas.

Pero tú, como niño delicado, con caricias fomentaste el desprecio del que te rogaba; y yo, incauto, no supe qué hacer. ¿Callaría? Mas no pude disimular con moderación lo que con tantas veras quería. ¿Insistiría en rogar? Mas no querías oír, porque tampoco amabas. Hizo la caridad despreciada lo único que pudo. Al que no pudo retener presente, búscale ahora ausente.

Pues porque tú mismo me pediste que, después de emigrar al desierto, te trasmitiese escritos de invitación, y porque yo lo prometí, te convido, date ya prisa. No quiero te acuerdes de viejos compromisos. DESNUDOS QUIERE EL YERMO... No ha de tomar alforjas ni bastón. CUMPLIDAMENTE RICO ES QUIEN CON CRISTO RICO ES.

Mas, ¿qué hago? ¿Vuelvo sin advertirlo a rogar? Fuera ruegos, lejos blanduras al que despreciaste; tal vez oirás al que te reprende. ¿Dónde está el baluarte, dónde el foso, dónde el invierno pasado bajo pieles? Mira que toca del cielo la trompeta... Recuerda el día de tu alistamiento, en que, sepultado con Cristo por el bautismo, juraste con palabras sacramentales que, por su nombre, no habías de perdonar a padre y madre. Mira que el adversario quiere matar en tu pecho a Cristo. Mira que los campamentos enemigos suspiran por el premio que recibistes para pelear. Aunque el pequeño sobrino de tu pescuezo se cuelgue; aunque tu madre muestre los pechos con que te amantó, sueltos los cabellos y desgarrados los vestidos; aunque tu padre se tire en el dintel, pasa pisando a tu padre, “per calcatum perge patrem”, vuela, secos los ojos, al estandarte de la Cruz. Es EL ÚNICO GÉNERO DE PIEDAD: SER EN ESTO CRUEL.

Vendrá, vendrá después el día en que regreses victorioso a la Patria, en que te pasees, como fuerte varón coronado, por la celestial

Jerusalén. Entonces tendrás allí, con Pablo, carta de ciudadanía. Entonces pedirás también para tus parientes este derecho a la misma Ciudad. Y no ignoro qué lazo te ata ahora los pies, pues no tengo pecho de hierro ni duro el corazón. No me nutrieron los tigres de Hircania, nacidos del pedernal; que yo también pasé por cosas como esas...

Yerras, yerras, hermano, si piensas que los cristianos dejan jamás de sufrir persecución; y entonces era más atacado, cuando ignoras se te ataca. Nuestro adversario, cual león rugiente, merodea buscando a quien devorar; ¿y tú te crees en paz? ¿Y duermes muelle sueño a la sombra del árbol frondoso cuando vas a ser su presa?...

Mira a Pedro dejando las redes; mira al publicano (Mateo) levantándose del banco, y en seguida Apóstol. El Hijo del hombre no tiene dónde reclinar la cabeza. EL QUE ESPERA LA HERENCIA DEL SIGLO, NO PUEDE SER HEREDERO CON CRISTO.

Interpreta el vocablo de monje: éste es tu nombre. ¿Qué haces entre la turba, tú que eres solo? Y esto no te lo advierto como inducto marino, desconocedor de los oleajes, con nave íntegra y mercancías, sino que con tímida voz lo denuncio a los dispuestos a navegar, como quien después del naufragio se halla en la ribera. En este mar del siglo devora Caribdis la salud con ardor de lujuria. En él, con cara de virgen, halaga la sonriente. Escila ¹⁴ de la lascivia, para perpetrar naufragios a la castidad. Aquí el inhóspito litoral, aquí el diablo pirata, llevando con sus camaradas grillos para los cautivos.

... dentro está incluido el peligro, dentro está el enemigo. Preparad el cordaje, suspended las velas. Fíjese en las frentes la antena de la Cruz. Esta tranquilidad, tempestad es.

Y dirás tal vez: ¿pues qué? ¿No hay nadie en la ciudad que sea cristiano? —Tu condición no es igual que la de los otros... Tú prometiste ser perfecto... y el perfecto discípulo de Cristo nada tiene sino a Cristo; y si algo tiene fuera de Cristo, no es perfecto; y si no es perfecto, habiendo prometido a Dios ser prefecto, mintió. Ahora bien: “La boca que miente mata su alma” (Sap., 1).

Y para concluir: “Si quieres ser perfecto, ¿por qué deseas los bienes paternos? Si no eres perfecto, engañaste a Dios”...

Pues si nada tienes, como sé que has de responder, ¿por qué no militas, estando tan bien dispuesto para la guerra, si no es porque crees que puedes tú hacerlo en tu patria, cuando el Señor no obró

milagros en la suya? ¿Por qué esto? Con la autoridad acepta las razones: "Ningún profeta recibe honor en su patria." (Luc., 4)... EL MONJE NO PUEDE SER PERFECTO EN SU TIERRA; Y NO SER PERFECTO ES DELINQUIR.

—Pero arrojado de este parapeto, invocarás el ejemplo de los clérigos. ¿Osaré decir de ellos algo, aunque ciertamente moran en sus ciudades? Lejos de mí decir de ellos nada siniestro, pues habiendo sucedido en el grado de los Apóstoles, con su boca forman el Cuerpo de Cristo, y por ellos somos nosotros cristianos. Son los que, teniendo las llaves del reino de los cielos, en algún modo juzgan antes del día del juicio; los que conservan a la Esposa del Señor con su sobria castidad.

Pero, como ya antes insistí, una es la condición de los monjes y otra la de los clérigos. Los clérigos apacientan las ovejas, yo soy apacentado; ellos, del altar viven; a mí, como a árbol infructuoso, se me pone la segur a la raíz si no ofrezco dones ante el altar... No es fácil estar en vez de Pablo, ni tener el grado de Pedro... El monje, si cayere, rogará por el sacerdote; en la caída del sacerdote, ¿quién rogará por él?

—Más, después de haber navegado el discurso por lugares con escollos, y habiendo bogado la frágil navecilla entre las peñas canas por las espumas de las olas, preciso es ya extender velas al viento, y vadeados los escollos de las cuestione, cantar, como los marineros, el *celeusma*¹⁵ del epílogo: —¡Oh desierto primaveral con flores de Cristo! ¡Oh soledad en donde nacen aquellas piedras, de las que se construye la Ciudad del gran Rey del Apocalipsis! ¡Oh yermo, que más familiarmente gozas de Dios!

¿Qué haces, hermano, en el siglo, siendo mayor que el mundo? ¿Hasta cuándo pesarán sobre ti las sombras de los techos? ¿Hasta cuánto te aprisionará la cárcel de las humeantes ciudades? Créeme, aquí (en Calcis) veo yo más luz. Grato es, lanzado el peso del cuerpo, volar al fulgor del puro cielo.

¿Temes la pobreza? Pero Cristo llama bienaventurados a los pobres. ¿Te aterra el trabajo? Pero ningún atleta es coronado sin sudor. ¿Piensas en la comida? Pero la fe no teme el hambre. ¿Temes magullar en el suelo los miembros extenuados por los ayunos? Pero el Señor yace contigo. ¿Te horroriza la descuidada cabellera de la escuálida cabeza? Pero tu cabeza es Cristo. ¿Te aterra la infinita vastedad del yermo? Pero tú paseaste con el pensamiento por el Paraíso. Cuan-

tas veces allí subieres con la mente, otras tantas no estarás en el yermo. ¿Que el cutis se arruga sin baños? Pero quien en Cristo una vez se lavó, no ha menester volver a lavarse. —Y, resumiendo a todo, oye al Apóstol, que responde: “No son, dice, condignos los sufrimientos de este siglo comparados con al gloria futura que ha de revelarse en nosotros” (Rom., 8). Delicado eres, hermano, si aquí quieres gozar con él siglos y luego reinar con Cristo.

Vendrá, vendrá el día aquel en que este cuerpo corruptible y mortal revista la incorrupción y la inmortalidad. “Dichoso entonces el siervo al que el Señor encuentre velando.” Entonces, el clamor de la trompeta, temblará la tierra con los pueblos, y tú gozarás. Ante el Señor, puesto a juzgar, mugirá triste el mundo, y las tribus, frente unas de otras, golpearán su pecho. Los reyes, antes poderosos, ahora palpitarán fuertemente el pecho desnudo.

Comparecerá Venus con su prole. Comparecerá entonces el ígneo Júpiter y el necio Platón con sus discípulos. A Aristóteles de nada le aprovecharán sus argumentos. Entonces tú, rústico y pobre, exultarás y dirás: “Ese es el crucificado y mi Dios; ése es mi Juez, el que vagía en el pesebre envuelto en pañales. Este es aquel Hijo del artesano y de la pobre obrera; éste es el que, llevado en haldas de la madre, siendo Dios, huye de un hombre a Egipto. Este es el vestido de púrpura, éste el coronado de espinas, éste el mago, el poseso del demonio y el samaritano. Mira, judío, las manos que clavastes; mira, romano, el costado que traspasaste; mirad si el cuerpo es el mismo del que decías que de noche lo robaron sus discípulos.

El amor que te profeso, hermano, me ha movido a decirte todo esto, para que tú también, a quien parece duro el trabajo, puedas estar en ellos (los Apóstoles).

A Rufino, monje

Rufino de Aquileya, compañero de infancia, recorre como Jerónimo los monasterios de Egipto, y se retira a uno de Jerusalén. Este tierno afecto se convertirá después en hostilidad.

Belén, año 374.

Carísimo Rufino: Aunque antes ya supiese por el misterio (ministerio) de los sagrados libros que Dios da más de lo que se le pide, y que a menudo concede lo que ni ojo vio, ni oído oyó, ni el corazón del hombre pudo pensar, ahora, sin embargo, en mi propia casa lo tengo probado.

Porque yo, que creía bastante audaces mis votos si conseguíamos siquiera vernos uno a otro presentes por el intercambio epistolar, oigo que has penetrado en los desiertos del Egipto, y has visitado los coros de monjes y andas entre esa familia que lleva vida celestial en la tierra.

¡Oh si ahora nuestro Señor Jesucristo me otorgase de repente o la traslación de Felipe al Eunuco, o de Abacuc a Daniel, con qué apretados abrazos estrujaría tu cuello y qué besos tan fuertes imprimiría yo en esa boca que conmigo unas veces erró y otras acertó! Más, como no merezco, no tanto el venir tú a mí de ese modo, sino el que de ese modo vaya yo a ti, y como las frecuentes dolencias han quebrantado lo que quedaba de sano en mi flaco cuerpecillo, envíote en mi lugar estas letras que me lleven hasta ti en vez de mi persona misma, y saliéndote al encuentro te traigan a mí preso por el lazo del amor.

Dióme el hermano Heliodoro la primera feliz nueva de este impensado gozo. No creía cierto lo que deseaba fuese cierto, y más cuando él decía haberlo oído de otro, y la novedad de la cosa restaba fe a la palabra. Suspensos de nuevo mis votos, y dudosa la mente, cierto monje de Alejandría, a quien el piadoso obsequio del pueblo había enviado a los confesores egipcios, ya mártires en deseo, movióme, al decirlo él, a prestar crédito. Mas confieso que aun con eso no acertaba a cambiar de parecer; pues, ignorando tu patria y tu nombre, coincidía, sin embargo, en afirmar lo mismo que ya el otro habíame dicho. Finalmente, irrumpió todo el peso de la verdad, pues una multitud de viajeros que con frecuencia circulan han referido que Rufino estaba en Nitria y había ido al santo Macario.

Y aquí es cuando alargué todos los frenos de la credulidad y empecé de veras a dolerme de estar enfermo; y si las fuerzas del debilitado cuerpo no me lo hubieran impedido a modo de cepo, ni el hervor del pleno estío, ni el mar, siempre incierto para los navegantes, hubieran sido capaces de estorbar mi pío apresuramiento.

Créeme, hermano: no mira el cuerpo con tanto gusto el marinero zarandeado por la tempestad, ni desean tanto los sedientos campos el rocío, ni espera sentada la madre anhelante al hijo en la curva ribera.

Desde que el súbito torbellino me arrancó de tu lado, desde que la despiadada separación apartó al que me estaba unido con el engrudo de la caridad, cayó sobre mi cabeza una espesa niebla; “entonces mar por doquier y por doquier cielo” (Eneida, I, III).

Y, finalmente, andando errante en la incertidumbre de la peregrinación y quebrantado por el camino de Tracia Ponto y bitinia y todo el trayecto de Galacia y Capadocia, y agrietado el suelo de Cilicia por el calor hirviente, presentóse a mí la siria, como al náufrago el puerto segurísimo. Allí, habiendo yo experimentado cuantos achaques pueden existir, de mis dos ojos perdí uno, mi Inocencio, parte de mi alma, arrebatado por el repentino ardor de las fiebres.

Ahora disfruto de nuestro Evagrio, que es todo y mi única luz, no dándole sino un cúmulo de trabajo, yo siempre enfermo. Estaba también con nosotros Hylas, siervo de Melania la santa, el que con la pureza de costumbres había lavado la mácula de la servidumbre. Pues éste también rasgó la cicatriz aun no bien cerrada.

Mas como la voz del Apóstol nos prohíbe contristarnos por causa de los muertos, y la viva fuerza del dolor se ha templado al sobrevenir tus noticias, dígotte todo esto para que lo sepas, si lo ignoras, y si ya lo conocías, juntamente nos alegremos.

Tu Bonoso y mío, o por mejor decir nuestro, sube ya la figurativa escala que Jacob soñara; lleva su cruz, sin pensar en el mañana ni mirar atrás. Siembra con lágrimas para recoger con gozo, y cuelga en el desierto la misteriosa serpiente de Moisés... He aquí un mancebo educado con nosotros en las honestas artes del mundo, sobrado de bienes, en dignidades el primero entre sus iguales, helo como nuevo colono del Paraíso, después de haber dejado a su madre, y hermanas y a su carísimo hermano, helo en una isla náufraga en medio del piélago que muge en derredor, cuyos abruptos acantilados y desnudas rocas y la soledad son para infundir pánico.

En medio de tan grande soledad, no hay allí labrador ni monje alguno, ni siquiera tiene a su lado como compañero el pequeño Onésimo, a quien conociste, de cuyo ósculo gozaba como con hermano.

Allí está solo, o por mejor decir, no solo, pues le acompaña Cristo, y ve la gloria de Dios, que ni los Apóstoles vieron sino en el desierto. No contempla ciertamente ciudades con torres; mas ha dado su nombre para el censo de la nueva ciudad. Horrorízanse sus miembros metidos en disforme saco; pero con ello será mejor arrebatado al encuentro de Cristo en las nubes. No goza de la amenidad de los jardines; mas bebe el agua de vida del costado del Señor...

Propón esto ante tus ojos, dulcísimo amigo...

Y ahora, ¿cuántas redes crees andará urdiendo el diablo? Quizás, recordando el viejo engaño, intentará persuadirle que tiene hambre. Pero ya tiene la respuesta: "No de solo pan vive el hombre" Quizás le pronpondrá riquezas y gloria. Mas se le dice: "Los que quieren ser ricos, caen en la tela de araña y en tentaciones..." Lanzará dardos de fuego; pero serán recibidos con el escudo de la fe. Y, por no repetir muchas cosas, le atacará Satanás, pero le defenderá Cristo.

Gracias a ti, Cristo, porque en tu día tengo quien pueda por mí gozar. Sabes tú, como yo y como él, que desde la tierna infancia fuimos creciendo juntos hasta la florida edad, en los senos de las mismas nodrizas, y nos abrazaron los mismos ayos; y cuando, terminados los estudios en roma, estuvimos en las semibárbaras riberas del Rin, gozamos del mismo alimento y del mismo hospedaje, y que yo fui el primero en trabar nuestra amistad.

Acuérdate que este guerrero tuyo fue antaño mi discípulo. Tengo la promesa de tu majestad: "El que enseñare y no obrare, será llamado mínimo en el reino de los cielos". Goce él la corona de la virtud, y por sus cotidianos martirios siga con su estola (túnica) al Cordero. Muchas mansiones hay ante el Padre. Y "una estrella difiere de otra en claridad" En cuanto a mí, concédeme que entre los calcaños de los santos pueda sacar la cabeza; y que cuando yo quiera (obrar el bien) él lo haya cumplido, y me perdone a mí porque no pude realizarlo, dándole a él el premio que merece.

—Alargué el hablar más de lo que demanda la brevedad de una carta, lo que suele ocurrirme siempre que ha de decirse algo en loor de nuestro Bonoso.

Mas, para volver allí de donde partí, ruégote no permitas que

pierda yo, al par que los ojos, al amigo largo tiempo buscado y que apenas hallado difícilmente es conservado. Encandile a otros el oro; y centelleen en pomposos festines cargados de metales rutilantes. La dilección no tiene precio. LA AMISTAD QUE PUEDE ACABAR NUNCA FUE VERDADERA. Salud en Cristo.

A Rústico, monje ¹⁶

Trázale el ideal del monje, casi con la misma elocuencia que antes a Heliodoro.

Belén, 411

NADIE MÁS FELIZ QUE EL CRISTIANO, al que le está prometido el reino de los cielos. Nadie con más trabajo, pues su vida peligra a diario. Nadie más fuerte, pues vence al diablo. Nadie más flaco, cuando por la carne es vencido. De entrambas cosas hay muchos casos.

Esto te digo, hijo mío Rústico, para que desde un principio sepas que has empezado una gran empresa y que trepas hacia las alturas, y para que, pisoteando los incentivos de la mocedad, y aun de la pubertad, subas al grado de la perfecta edad, más sabiendo que es resbaladizo el camino por el que entras y que no es tan grande la gloria que sigue a la victoria, cuanto la ignominia tras la de la ruina.

No he de guiar ahora el regato por los prados de las virtudes para mostrarte la variedad de flores.... porque ya, por la misericordia del Señor, empuñas la esteva... Lo único que insinuarte quiero, tomándote de la mano; lo que, como experto marino, después de muchos naufragios, me empeño en instruir al conductor, es hacerte saber que el pirata de la castidad está en la ribera, donde está Caribdis, y la avaricia, raíz de todos los males, donde están los canes de Escila de los detractores.

Oigo que tienes una madre piadosa, viuda muchos años ha..., que después de los estudios en las Galias, donde andan muy florecientes, te envió a Roma sin reparar en gastos, soportando la ausencia del hijo con la esperanza de un buen porvenir, para que la exuberancia y

galanura del decir gálico lo sazónase la gravedad romana, no teniendo que emplear en ti espuelas sino frenos. Como leemos también de elocuentísimo varones de Grecia que secaban con la sal ática la hinchazón asiática, cortando con la podadera los frondosos pámpanos de las vides, para que los lagares de la elocuencia, al exprimir los racimos, no diesen tan sólo vana palabrería, sino uvas de sentido.

Tú tenla siempre como a madre, ámala como a nodriza, vénerala como a santa. Verás algunos muchachos, ceñidos los muslos, con túnica negra y larga barba, que no saben apartarse de las mujeres, permaneciendo bajo el mismo techo; con ellas van a los convites, tienen criadas jóvenes a su servicio y para ellos todo es matrimonio, salvo el nombre de nupcias. No es esto culpa del nombre cristiano, si el que simula ser religioso es un vicioso; antes confunde esto a los gentiles, cuando ven que desagrada a las Iglesias lo que no agrada a ninguno de los buenos.

Tú, empero, si quieres ser monje, y no sólo parecerlo, cuida no ya de la hacienda..., sino de tu alma... Tu modesto vestir sea indicio de un alma limpia... El comer pobre y parco conviene a la carne y al espíritu... Las criadas que están a tu servicio sábetelo que están acechando, porque cuando más vil es su condición tanto más fácil es su ruina.

Mientras estás en tu patria, TEN TU CELDA POR PARAÍSO, toma las variadas pomas de las Escrituras; regálale con esas delicias, y goza de su abrazo. Guarda con todo cuidado tu corazón, y di con el Salvador: "Mi madre y mis hermanos son los que hacen la voluntad de mi padre." Esta crueldad es piedad, y aun, ¿qué cosa de mayor piedad que el guardar a la madre su hijo? Quiere ella que vivas, y no que vivas por un tiempo, sino que te vea siempre con Cristo. Vean otros lo que han de pensar. Cada cual es llevado por su sentir.

¿Para qué desearemos el frecuentar las ciudades los que somos tenidos por solitarios?... Si te acucia el deseo de ser clérigo, aprende lo que habrás de enseñar y ofrecer a Cristo la hostia racional; no seas soldado antes de aprendiz, ni maestro antes que discípulo...

—He de tratar lo primero si debe vivir solo o con otros en un monasterio. A mí me place que vivas con los santos, y no te enseñes a ti mismo, y entres sin guía en camino en que nunca habías entrado... En la soledad fácilmente se filtra la soberbia; y si ayunare un poquito o no viere personas, créese hacer algo importante... Juzga contra la

voluntad del Apóstol a los siervos de otro; echa la mano a donde la gula quiere; duerme cuanto gusta; a nadie teme; hace cuanto quiere; juzga a todos inferiores a sí, y está más en las ciudades que en la celda, y entre los monjes simula modestia cuando en las calles recibe empujones.

¿Qué, pues? ¿Acusamos a la vida solitaria? En modo alguno, habiéndola con frecuencia alabado. Mas queremos que tales soldados salgan de los ejercicios de los monasterios para que no les aterren los duros comienzos del yermo; que hayan dado muestras de su vida mucho tiempo...

Quiero que tú también, y por las causas sobredichas, no habites con tu madre..., ni en el trato con doncellas veas durante el día lo que pienses de noche. Nunca se aparte de tus manos y ojos el libro; el Salterio apréndetelo a la letra. Ora sin cesar; vele siempre el entendimiento, no teniéndolo abierto a las vagas cavilaciones. El cuerpo, al par que el alma, tienda al Señor. Vence la ira con la paciencia. AMA A LA CIENCIA DE LAS ESCRITURAS Y NO AMARÁS LOS VICIOS DE LA CARNE... TRABAJA EN ALGO PARA QUE EL DIABLO TE ENCUENTRE SIEMPRE OCUPADO... O bien teje con junco cestitas o urde una canastilla de mimbres tiernos. Labra la tierra y divide bien las erillas por el justo mojón, para que después de sembradas las semillas las legumbres y puestas las plantas en orden guíes el agua.

Injerta también árboles silvestres, ya con yemas ya de escudete o con púas, para que en poco tiempo cojas de ellos regaladas frutas. Fabricate colmenas de abejas, a las que te remiten los Proverbios de Salomón, y en tan diminutos cuerpecillos aprende el orden de los monasterios y la regia disciplina. Teje también el lino para hacer redes con que pescar peces; escribe libros, para que las manos ganen con qué comer y el alma se sature con la lección. Los monasterios de Egipto tienen por costumbre no recibir a ninguno sin que sepa algún oficio, y no tanto para que gane el necesario sustento, sino para la salud del alma.

Cuando yo era joven, vallado en el yermo de la soledad..., para domar la carne, púseme bajo la disciplina de un hermano hebreo converso, para que, tras de las agudezas de Quintiliano, y los ríos de Cicerón, y la gravedad de Frontón, y la lenidad de Plinio, aprendiese el alfabeto (hebreo) y pronunciase las sacudidas palabras de esa lengua. De cuánto trabajo me tomé en ello... mi conciencia me es testi-

go... Pero doy a Dios gracias de que, tras de la amarga semilla de las letras, recojo sabrosos frutos... Los filósofos del siglo expulsan un amor viejo con otro nuevo, un clavo con otro clavo..., ellos un vicio con otro vicio; nosotros superamos los vicios con el amor de las virtudes.... Si no odiamos el mal no podemos obrar el bien...

Ningún arte se aprende sin maestro. Los mismos brutos animales y los rebaños de fieras siguen a sus guías. Entre las abejas hay reinas; las grullas siguen a una, formando una letra. Hay un emperador, un juez de provincia, un obispo para cada iglesia..., en la nave un capitán, en la casa un dueño..., en cualquier ejército se mira a un estandar-te... En el monasterio se debe vivir bajo la disciplina de un padre y en el consorcio de muchos para que del uno aprendas humildad, del otro paciencia, éste te enseñe silencio, aquél mansedumbre; para que no hagas lo que quieres, y comas lo que se te manda, y vistas lo que se te dé, y pagues el tributo de tu trabajo, y te sometas al que no quieres, y vayas ya cansado al lecho, y te duermas andando, y te veas precisado a levantarte sin haber saciado el sueño. Y digas los salmos por su orden, en los que no se busca la dulzura de voz, sino el afecto de la mente... Sirvas a los hermanos, laves los pies de los huéspedes, calles al recibir afrenta, temas al superior propósito del monasterio como a señor, le ames como a padre... Ocupado en tantos negocios no andarás vagando con el pensamiento...

Pero he visto yo algunos que, después de haber renunciado al siglo tan sólo en el vestido y en profesión de boca, no en la realidad, nada cambiaron de su antiguo modo de vivir...

No te metas de pronto a escritor... Aprende en mucho tiempo lo que has de enseñar. No creas a los que te alaben..., que si de repente los miras los verás como cigüeñas retorciendo el cuello a tus espaldas y agitando a modo de asnos las orejas con la mano, y estirando la lengua como perro sofocado...

Digo esto más por menudo a fin de librar a mi mancebo del prurito de lengua y de oídos, para presentar a mi renacido en Cristo sin arruga y sin mancha, cual virgen púdica, casta tanto en la mente como en el cuerpo.

Tienes ahí el doctísimo Pontífice Próculo, el que con su vida y con su voz puede superar a nuestras letrillas y con diarias instrucciones dirigir tu camino y no ladee a parte alguna; dejando la vía regia por la que Israel corre hacia la tierra de promisión... Sigue desnudo a Cristo desnudo: duro es, grande, difícil; pero grandes son los premios.

A Eustoquia, virgen romana en Belén

Sobre la guarda de la virginidad y sus excelencias. Más que una carta, viene a ser un breve tratado.

Belén, año 287.

“Oye, hija, y mira e inclina tu oído, y olvida tu pueblo y la casa paterna, y codiciará el Rey tu hermosura.” (Salmo 44.)... Este es aquel gran misterio: “Por lo cual dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer, y serán ambos no ya como allí en una carne, sino en un espíritu”. Porque no es arrogante tu Esposo, no soberbio, ha tomado como esposa una etiopisa (a una negra)...

Esto te escribo, señora mía Eustoquia, pues debo llamar señora a la esposa de mi Señor, para que desde el principio mismo de la lectura conozcas que no intento trazar el encomio de la virginidad, que tú misma has aprobado como óptima y has alcanzado. Ni he de enumerar las molestias del matrimonio..., y como todo aquello que se reputan bienes la muerte viene al fin a cortarlo, tienen también las casadas su orden, honrosas nupcias y tálamo inmaculado, si no para que entiendas que, al salir de Sodoma, has de temer el caso de la mujer de Lot.

No hay en este libro adulación alguna, porque el adulador es un blando enemigo. No habrá pompa alguna de estilo retórico que te coloque también a ti entre los ángeles y, expuesta la dicha de la virginidad, someta el mundo bajo tus pies. No quiero te venga soberbia por tu propósito, sino temor. Cargada andas de oro” debes temer al ladrón. La vida para los mortales es un estadio: aquí luchamos para ser allí coronados. Nadie entra seguro entre serpientes y escorpiones... Rodeados estamos de grandes ejércitos de enemigos, lleno está todo de adversarios. La frágil carne, que dentro de poco ha de ser polvo, pugna sola con muchos...

Mientras somos retenidos en este frágil cuerpo, ¿hasta cuándo tendremos este tesoro en vasos de arcilla? No hay victoria cierta... No busca el diablo a hombres infieles, no a los que están fuera: apresúrase a cazar de la Iglesia. “Sus manjares, según Abacuc, son delicados” Codicia derribar a Job y, devorado Judas, pide poder para cribar a los Apóstoles...

Si el Apóstol, vaso de elección y escogido para predicar el Evangelio de Cristo, por causa de los agujones de la carne e incentivos de los vicios reprime su cuerpo y lo reduce a servidumbre, ¿te crees tú segura? Ruégote cuides, no sea que de ti diga Dios alguna vez: “Cayó la virgen de Israel y no hay quien la resucite.” (Amós, 5). Diré con frase atrevida: DIOS, PUDIÉNDOLO TODO, NO PUEDE LEVANTAR A UNA VIRGEN DESPUÉS DE LA RUINA; puede, sí, librarla de pena, pero no puede coronar a la corrompida ¹⁷.

... Perece también la virginidad con el pensamiento. Estas son vírgenes malas, vírgenes en la carne, no en el espíritu, vírgenes necias, que, careciendo de óleo, son excluidas por el Esposo.

Pues las mismas que son vírgenes, debido, sin embargo, a otras culpas, no se salvan por la simple virginidad corporal, ¿qué sucederá de aquellos que prostituyeron los miembros de Cristo y mudaron en lupanar el templo del Espíritu Santo?...

Más valiera al hombre haberse sometido al matrimonio andando por lo llano que, aspirando a las alturas, caer en lo profundo del infierno. Por Dios, no se convierta en ciudad meretriz la fiel Sión, no sea que, después de hospedar a la Trinidad, brinquen allí los demonios y aniden las sirenas y las alimañas...

¡Oh cuántas veces yo mismo, estando con el yermo y en aquella vasta soledad que, abrasada por los ardores del sol, presta horrible vivienda a los monjes, creíame en medio de las delicias de Roma! Sentábame solo, por estar lleno de amargura. Horrorizaban los miembros disformes vestidos de saco y la escuálida piel habíase coloreado como carne de un etíope. Diario llorar, diario gemir, y cuando el inminente sueño alguna vez me oprimía, tiraba al duro suelo los huesos, apenas entre sí trabados. Nada diré de la comida y bebida, cuando los mismos monjes enfermos beben agua fresca y el tomar algo cocido se reputa regalo.

Pues eso yo, que por miedo al infierno me había condenado a tal cárcel, compañero únicamente de escorpiones y de fieras, frecuentemente veíame engolfado en bailes de doncellas. Pálidas estaban las mejillas por los ayunos, y la mente ardía en deseos en un cuerpo frío, y ante un hombre, muerto ya de antemano en carne, bullían sólo los incendios de las pasiones. Por lo que, destituido de todo auxilio, derribábame a las plantas de Jesús, regábala con lágrimas, las enjugaba con el cabello y subyugaba a la rebelde carne con dietas semanales...

No me ruborizo de confesar la miseria de mi desgracia, antes lloro de no ser lo que fui. Recuerdo que clamaba, que empalmaba a menudo día con noche y que no cesaba de golpear el pecho, antes de vuelta de la tranquilidad, al intervenir la increpación del Señor. Temía a mi propia celda como testigo consciente de mis pensamientos, y, airado y rígido para mí mismo, penetraba solo en los desiertos. Y doquier veía cóncavos valles, ásperos montes, escarpadas rocas, allí un lugar para mi oración, allí un ergástulo para mi misérrima carne; y como el Señor me es testigo, tras de muchas lágrimas, tras de mucho clavar los ojos en el cielo, parecíame a veces estar entre coros de ángeles, y alegre y gozoso cantaba: “En pos de Ti correremos al olor de tus ungüentos.” (Cant., I).

—Pues si esto sufren los que, extenuado el cuerpo, son acosados sólo por los pensamientos, ¿qué no sufrirá la joven que disfruta de delicias? Ciertamente lo del Apóstol: “Viviendo, muerta está”. Pero si cabe en mí dar algún consejo, si ha de creerse al experto, lo primero aconsejo y suplico que la esposa de Cristo huya del vino como del veneno. Estas son las primeras armas de los demonios contra la adolescencia. No sacude tanto la avaricia, ni hincha la soberbia, ni deleita la ambición. Fácilmente carecemos de los demás vicios; este enemigo con nosotros está encerrado. Doquier vayamos, allí con nosotros llevamos al enemigo. VINO Y JUVENTUD, DOBLE INCENDIO DE PLACER SON. ¿Por qué añadimos aceite a la llama?

Innumerables son en las Sagradas Escrituras las respuestas que condenan la gula y aprueban los alimentos sencillos. Mas como ahora no es propósito nuestro disputar de ayunos y tratar de todo, baste esto poco...

Y si quisieres replicar que tú, nacida de noble estirpe, siempre en delicias, siempre entre plumas, no puedes abstenerte del vino y de exquisitos alimentos ni en esto vivir con más rigor, responderé: Pues vive tu ley, ya no puedes vivir la de Dios. Y no es que Dios, Creador y Señor de todas las cosas, se deleite con el ruido y vacío del vientre y con el ardor del estómago, sino que, de otro modo, no puede la castidad estar segura...

Avergüenza decir cuántas vírgenes diariamente se derrumban, cuántas pierde de su gremio la madre Iglesia, sobre qué astros el soberbio enemigo erige su trono, cuántas piedras excava para habitar el culebrón dentro de sus grietas. Verás muchas viudas, antes casadas, prote-

giendo con mentiroso vestido su infeliz conciencia... Estas son las que dicen: "Todo es limpio para los limpios." (Romanos, 14). Bástame mi conciencia. Corazón limpio quiere Dios. ¿Por qué he de abstenerme de alimentos que Dios creó para usar de ellos?" Y cuando quieren aparecer hermosas y festivas llenándose de vino, juntando con la embriaguez el sacrilegio, dicen: "¿Por qué he de abstenerme yo de recibir la Sangre de Cristo?" Y en viendo alguna pálida o triste llámanla maniquea¹⁸, y en consecuencia, según esto, el ayuno es herejía.

Tales son las que andan llamando la atención del público y con furtivos guiños de ojos atraen en pos de sí una pandilla de muchachuelos, las que siempre oyen al Profeta: "Tu cara es cara de meretriz: no tienes pudor." (Jer., 3).

—No quiero trates con matronas; no quiero que te llegues a las casas de las nobles; no quiero que frecuentemente veas lo que despreciaste al querer ser virgen. Así suelen aplaudirse las mujercillas de hombres jueces o constituidos en alguna dignidad.

... Tú, esposa de Dios, ¿por qué corres a la casa de la mujer de un hombre? ¿Por qué haces injuria a tu varón? APRENDE EN ESTO UNA SANTA SOBERBIA: sábetе que vales más que ellas... Pero huye también de la viuda que hizo la necesidad, no la voluntad. Y no que hubieran deseado la muerte de sus maridos, sino que no recibieron de grado la ocasión dada de guardar castidad. Y ahora, mudado el antiguo vestir, no han mudado las aficiones...

... Vive sumisa a tus padres: imita a tu Esposo. Rara sea tu salida en público. Búsqüente los mártires en tu aposento... Lee con frecuencia y aprende mucho. Sorpréndate el sueño mientras lees, y al caer la cara recíbala la página santa.

Difícil es que el alma humana no ame algo y necesario es que el afecto de nuestra mente sea atraída por algo. El amor de la carne es superado por el amor del espíritu; y más aquél disminuye, más éste puja. si no, gime siempre y di en tu lecho: "En las noches busco al que ama mi alma." (cánt. 3.).

Sé cigarra nocturna. Lava todas las noches tu cama, regando el lecho con tus lágrimas. Salmodia con el espíritu, salmodia con el corazón: "Bendice, alma mía, al Señor..." Vuélvase al marido la que no tiene por esposo a Cristo. Al fin, "muerte morirás". Este es fi del matrimonio: MI PROFESIÓN ES SIN SEXO. Tengan las nupcias su tiempo y su título. Para mí la virginidad es dedicada en María y en Cristo.

Alguien dirá: “¿Te atreves a rebajar las nupcias habiendo sido de Dios benditas?” No es deprimir el matrimonio sino preferir a él la virginidad. Nadie compara el mal con el bien.

Gloríense también las casadas viviendo después de la virginidad... Crezca y multiplíquese quien ha de llenar la tierra. TU GRUPO ESTÁ EN LOS CIELOS... Mi semilla es fecunda con fruto céntuplo. Aunque no todos entienden esta palabra, sino aquellos a quienes les fue concedido... Eva, en el Paraíso, virgen fue; tras de las túnicas de pieles empezaron las nupcias. TU PATRIA ES EL PARAÍSO. Guarda lo que has heredado al nacer y di: “Vuelve, alma mía a tu descanso.” (salmo, 124).

ALABO LAS BODAS, ALABO EL MATRIMONIO, PORQUE ME ENGENDRAN VÍRGENES; recojo de las espinas la rosa, de la tierra mineral el oro, de la concha la perla... LA MUERTE VINO POR EVA, LA VIDA POR MARÍA. Y por eso el don de la virginidad fluyó más por las mujeres, pues empezó por la mujer. Tan pronto com el Hijo de Dios ingresó en la tierra eligióse una nueva familia PARA QUE, SIENDO ADORADO EN EL CIELO, TUVIESE TAMBIEN ANGELES EN LA TIERRA ¹⁹.

—Guárdente siempre los recodos de tu cuarto; juegue siempre contigo el Esposo. ¿ORAS? HABLAS AL ESPOSO. ¿LEES? HÁBLATE EL...

—Lo que con mucha cautela has de evitar es que no seas cazada por el ardor de la vana gloria... Cuando des limosna, véalo sólo Dios; cuando ayunes, esté alegre tu cara. Sea el vestido ni demasiado acicalado ni descuidado y que en nada llame la atención... Ni quieras te tengan por muy piadosa y por más humilde de lo preciso, no sea que en el huir busques gloria..., porque de un modo sorprendente se apetece la gloria al evitarla... Pocos son los que de este vicio carecen.

Yo sé que ni en ti ni en tu madre hubo lugar alguno a la soberbia, por la que diablo cayó, pareciéndome superfluo escribirte acerca de ello...

—No adelgaces de intento la voz, como agotada por los ayunos, e imitando el andar de los débiles te apoyes en hombros de otro. Hay quienes en el porte viril, cambiando su vestido, se avergüenzan de haber nacido mujeres, recortándose el cabello, y desvergonzadamente levantan sus caras eunuquinas. Hay quienes visten cilicios y artísticos gorritos, como quien torna a la infancia, imitando a las lechuzas y a los búhos.

Mas para que no parezca que hablo sólo de las mujeres, huye

también de los hombres que vieres adornado con pelo al modo de las mujeres, contra el apóstol, y barba como de macho cabrío: todas estas cosas son argucias del diablo...

Ni la suciedad afectada ni la rebuscada pulcritud asientan al cristiano.

No quieras pasar por muy redicha y hacer juegos poéticos, festiva con los poemas líricos... ¿Qué tiene que ver el salterio con Horacio, los Evangelios con Marón (Virgilio), Cicerón con el Apóstol? ¿No se escandalizaría el hermano si te viese sentada en un templo de ídolos?... No debemos beber el cáliz de Cristo y el cáliz de los demonios. Voy a referirte mi desventura historia. ;

Habiendo yo, hace varios años, dejado por el reino de Dios casa, padres, hermana, deudos y, lo que más difícil es, la costumbre del bien comer, he ido a Jerusalén para militar allí en Cristo; no podía del todo carecer de la biblioteca que con muchos afanes y trabajo fui allegando. Y yo, miserable, para leer a Tulio ayunaba. Después de frecuentes trasnochadas y de lágrimas, que la recordación de mis pretéritos pecados exprimía de mis profundos adentros, tomada a Plauto en las manos. Si a las veces, volviendo en mí mismo, empezaba a leer los Profetas, horrorizábame su inculto estilo, y no viendo la luz, por tener ciegos los ojos, no creía fuese culpa de los ojos, sino del sol.

Cuando así se burlaba de mí la antigua Serpiente, penetró en las medulas una fiebre a mitad mismo de Cuaresma, invadiendo mi exhausto cuerpo, y sin tregua, lo que se diría increíble, de tal modo se cebó en mis infelices miembros, que quedé casi en los huesos.

Entretanto preparábanse las exequias, y el calor vital del alma, frió todo el cuerpo, palpitaba ya sólo en el tibio pechecillo. Cuando de súbito, arrebatado en espíritu, véome arrastrado ante el tribunal del Juez, donde tanta luz y tanto fulgor había por la claridad de los circunstancias, que, derribado en tierra, no osaba mirar a lo alto.

Preguntando acerca de mi condición, respondí era cristiano. Mas el que presidía díjome: "Mientes: ciceroniano eres, no cristiano; donde está tu tesoro, allí también está tu corazón." (Mat., 6).

Quedé al punto mudo, y mientras me azotaban –pues mandáronme azotar– era todavía más atormentado por el fuego de la conciencia, repitiendo entre mí aquel versículo: "Pero en el infierno, ¿quién te alabará?" (salmo 6). empecé a clamar y a gemir, diciendo: "¡Ten misericordia de mí, Señor; ten misericordia de mí!" Esta voz resonaba entre los azotes.

Finalmente arrodillados los presentes ante el Juez, rogábanle concediese perdón a mi mocedad y diese espacio de penitencia a mi error, pidiendo ser atormentado si en adelante leyese libros de autores gentiles.

Yo, que en tan apurados trances me veía, hubiera querido hacer aún mayores promesas; comencé a jurar y a decir, poniendo su nombre por testigo: “Señor: si alguna vez tengo códigos mundanos, si los leyere, te he negado.”

Liberado al decir estas palabras sacramentales, miro a los de arriba y, con pasma de todos, abro los ojos, bañados con tanta copia de lágrimas, que aún a los descreídos hacía les creer en mi dolor.

Y no fue aquello sopor o vanos ensueños, como los que a menudo nos dejan burlados. Testigo es el tribunal aquel ante el cual comparecí, testigo aquel triste y temido juicio; por lo que nunca me suceda incurrir de nuevo en causa como aquella. Confieso haberme durado doloridas las espaldas y haber sentido tras del sueño las llagas, y con tanto afán leí en adelante las divinas letras como hasta entonces había leído las mortales.

Has de evitar también el mal de la avaricia, no de modo que no codicies lo ajeno —pues esto las mismas leyes públicas lo castigan—, sino que ni conserves lo que es tuyo... Pensar en el comer son espinas para la fe: la raíz de la avaricia es cuidado de gentiles.

Mas dices: “Soy joven delicada y con mis propias manos no podría trabajar. Si llegare a envejecer, si empezare a enfermar, ¿quién se apiadaría de mí?” Oye a Jesús hablando a los Apóstoles: “No penséis en vuestro corazón, qué habéis de comer...” (Mat., 5).

Pero verás ahora a muchas atestar de vestidos los armarios, cambiarse diariamente de túnica, sin poder, sin embargo, acabar con la polilla... Raíz de todos los males es la avaricia, y por eso llámala el Apóstol servidumbre de ídolos. Busca primero el reino de Dios, y todo lo demás se te dará por añadidura. No matará de hambre el Señor al alma justa...

Cierto hermano (monje de Nitira), más ahorrador que avaro y olvidado de que el Señor había sido vendido en treinta monedas de plata, dejó al morir cien *sólidos* que tejiendo lino había ganado. Reunióse cabildo entre los monjes —pues en aquellos parajes habitaban unos 5.000 en diversas celdillas— para fallar qué había de hacerse. Unos decían había de distribuirse a los pobres; otros, que había de

darse a la Iglesia; algunos, que habían de remitirse a sus padres. Pero Madario y Pambo e Isidoro con otros a quienes llaman padres, hablando en ellos el Espíritu Santo, decretaron que debían enterrarse con su poseedor, diciendo: "Tu dinero esté contigo para tu perdición." (Acto, 8) Ni piense nadie fue esto algo cruel: tal terror infundió a todos en todo el Egipto, que se reputa un crimen dejar un solo céntimo.

Y porque hemos hecho mención de los monjes y sé te gusta oír de esas cosas santas, dispón un poco tu oído. Tres son en Egipto los géneros de monjes: *uno* cenobitas, que en su lengua gentil llaman *sauses*, y nosotros podemos apelar los que viven en común. El *segundo* *anacoretas*, quienes habitan solos por los desiertos. El *tercer* género es el que dicen *remebboth*, destestable... Estos viven de dos en dos o de tres en tres..., a su propio capricho ²⁰.

Y ahora tornaré a mi propósito, pues tratando de la avaricia me pasé a los monjes... Tras de esto, aunque el Apóstol nos mande orar siempre y para los santos el sueño mismo sea oración, debemos, no obstante, tener de tal modo distribuidas las horas de orar, que si quizás estuviéremos detenidos en alguna labor, el tiempo mismo nos avise para el Oficio.

Nadie ignora existen las horas de *tercia*, *sexta*, *nona*, *aurora* y *víspera*. Ni se tome alimento sin que preceda la oración, ni se vaya de la mesa sin haber dado gracias al Criador.

En las noches hay que levantarse dos o tres veces para revolver lo que de las Sagradas Escrituras retenemos en la mente.

Al salir del aposento ármese uno de la oración; al volver de la calle preceda la oración al sentarse y no descansa el cuerpo antes que se apaciente el alma. A TODO ACTO, A TODO COMIENZO, PINTÉ LA MANO LA CRUZ DEL SEÑOR...

Y no te propongas como modelo a aquellas que, atendiendo a la carne, cuentan los intereses de sus posesiones y los gastos cotidianos de la casa. Tampoco los doce desistieron ante la traición del Apóstol Judas... NOSOTROS SIGAMOS LOS EJEMPLOS DE LOS MEJORES. Proponte a la bienaventurada María, que fue de tanta pureza que mereció ser la Madre del Señor, a la que descendiendo el ángel Gabriel en forma de varón y diciéndole: "Ave, llena de gracia, el Señor es contigo", consternada y aterrada, no pudo responderle, no habiendo sido nunca saludada por varón. Al fin se entera y habla, y la que temía del hombre

habla sin miedo con el ángel. PUEDES TÚ TAMBIÉN SER MADRE DEL SEÑOR.

Grande trabajo es, pero gran premio, ser lo que los mártires, ser lo que los apóstoles, ser lo que Cristo es. Todo lo cual aprovecha, sin duda, cuando en la Iglesia se hace, cuando en una sola casa celebramos la Pascua, si entramos en el Arca con Noé, si pereciendo Jericó, Rahab meretriz, ya justificada, nos guarda. Por lo demás, vírgenes cuales son en las diversas herejías y cuales dicen ser el impurísimo maniqueo, ramera se han de juzgar, no vírgenes... Mas como saben ser glorioso el apelativo de virgen, bajo pieles de ovejas ocultan los lobos. El Anticristo se finge Cristo.

—Todo cuanto habemos dicho parecerá duro al que no ama a Cristo; mas el que tenga a toda la pompa mundana por barreduras y crea vano todo cuanto hay bajo el sol, a trueque de ganar a Cristo; el que está muerto con su Señor y con el resucitó y crucificó su carne con los vicios y concupiscencias, libremente proclamará: ¿Quién nos separará de la caridad de Cristo: acaso la tribulación..., acaso la espada?... NADA HAY DURO PARA AMANTES. Ningún trabajo es difícil para el que lo desea. Mira cuánto sufrió Jacob por su prometida Raquel...

Amemos también nosotros a Cristo y busquemos siempre sus abrazos, y nos parecerá fácil todo lo difícil. consideremos breve todo lo que es largo y, heridos con su dardo, diremos en los momentos de cada hora: “¡Ay de mí, que mi peregrinación se prolonga!”, pues “no son dignos los trabajos de este tiempo ante la futura gloria que se revelará en nosotros”.

—Pídote, pues, salgas un poco de tu cárcel, y píntate ante los ojos el premio del trabajo presente...

Cual será aquel día en que María, madre del Señor, saldrá a tu encuentro acompañada de coros virginales, en que después del Mar Rojo, sumido Faraón con su ejército, María, hermana de Aarón, teniendo en su mano el címbalo, entonará para que respondan: “Cantemos al Señor...” Entonces Tecla volará contenta a abrazarte; entonces el Esposo mismo saldrá a ti, y dirá: “Levántate, ven, amiga mía, preciosa mía, paloma mía, porque ya ha pasado el invierno...” Entonces los Angeles también se admirarán y dirán: “Quién es ésta que avanza como la aurora, hermosa como luna, elegida como sol?” Por otro lado saldrá otro coro de castidad” vendrá Sara con las casadas, y Ana, la hija de Fanuel, con las viudas. Serán en los diversos grupos

tus madres en la carne y en el espíritu. Alegraráse la primera (Paula) de haberte engendrado; exultará ésta de haberte educado. Entonces verdaderamente el Señor subirá a la asnilla y entrará en la celestial Jerusalén. Entonces los niños..., levantando las palmas, a una voz cantarán: “¡Hosanna en las alturas! Bendito el que viene... Hossanna...!” Entonces los 144.000, ante el Trono y los Ancianos, tendrán sus cítaras, y cantarán el Cántico nuevo, y nadie podrá decir aquel cantar sino un número limitado: “estos son los que no se mancillaron con mujeres; porque permanecieron vírgenes; estos son los que siguen al Cordero por doquier va.” (Apoc., 14).

Siempre que te halagare la vana ambición del siglo, siempre que en el mundo vieres algo glorioso, vuela con la mente al Paraíso: EMPIEZA A SER LO QUE HAS DE SER, y oirás a tu Esposo: “Ponme como sombrilla en tu corazón, como sello en tu brazo”; y, armada de cuerpo y de espíritu, clamarás diciendo: “Las muchas aguas no pudieron extinguir la caridad, y los ríos no la anegarán.”

A Furia, viuda romana

Incítala a guardar la castidad propia del establo de viuda, disuadiéndola de nuevas nupcias.

Belén, año 394.

Pídesme en tus cartas y ruégasme suplicante que te escriba, y aún que torne a escribirte sobre cómo has de vivir y conservar la corona de la viudez ileso el nombre de la pudicia.

Gózase el ánimo, exultan las entrañas, brinca el afecto al ver que quieres ser, después de perdido el marido; lo que tu santa madre Ticiania, de santa memoria, mucho tiempo fue sin marido.

Oídas fueron sus preces y oraciones. Pidió conseguir en su única hija lo que en vida ella misma poseía.

Tienes además un gran privilegio de prosapia, porque después de Camilo, ninguno o pocos de tu familia se escribe hayan pasado a segundas nupcias; y así no serías tan de alabar si perseveras viuda,

como execrar, siendo cristiana, no guardases lo que por tantos siglos mujeres gentiles conservaron.

No hablaré de Paula y de Eustoquia, flores de vuestra estirpe, no sea que, con ocasión de exhortarte, parezca que las alabo a ellas; dejo también a Blesila, la que, habiendo seguido a su marido, y hermano tuyo (Toxocio), en el breve espacio de vida colmó muchos tiempos.

Y ojalá imitasen los varones las virtudes encomiadas en las mujeres, y la arrugada vejez diese lo que espontáneamente ofrece la juventud.

Bien sé y veo que meto la mano en la llama... Poderosos se levantarán contra mi epístola, una turba de patricios me notará de mango, vociferará llamándome seductor, digno de ser deportado al último del mundo. Añadan también, si gustan, samaritano, para que reconozca el título de mi Señor (Cristo).

Ciertamente yo no separo la hija de su padre, ni digo aquello del Evangelio: “Deja que los muertos entierren a sus muertos”, porque VIVE QUIEN EN CRISTO CREE.

“Honra a tu padre, pero si él no te separa del verdadero Padre. Reconoce la unión de la sangre mientras él reconozca a su Creador. De otro modo David te canta en seguida: “Oye, hija, y mira, e inclina tu oído... que el Rey codicia tu hermosura.. porque El es tu Señor Dios”. Gran premio por haber olvidado al padre... Y te dirá también: “toda hermosa eres, amiga mía, y no hay en ti mácula”. ¿QUÉ COSA MÁS BELLA QUE EL ALMA, que es llamada hija de Dios, y no busca fuera ningún ornato? Cree en Cristo, y enriquecida con esta ambición vuelva al Esposo, teniendo por varón al mismo que es su Señor.

Ya sabes de las angustias que tienen las nupcias en las mismas nupcias, y te has hartado hasta la náusea de las carnes de codornices (Núm. II), sintiendo tu boca las hieles amargas... ¿Para qué quieres volver de nuevo a ingerir lo que te fue nocivo?... Los mismos brutos animales y las vagas aves no caen dos veces en los mismos cepos y redes. ¿Es que temes desaparezca la raza furiana y que tu padre no tenga en ti nietecito que trepe por su pecho y que con su kk unja su pescuezo? ¿Es que todos los que se casaron tienen hijos? ¿Y cuando tuvieron hijos, respondieron a su condición?

¿Se pareció el hijo de Cicerón a su padre en la elocuencia? Vuestra Cornelia, ejemplar de honestidad como también de fecundidad, ¿se alegró de haber engendrado a sus Gracos? Ridículo es esperar como